

Compañía
Madrid

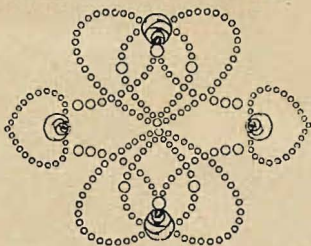
2.501
F-1867

El silfio maravilloso

POR EL

DR. EDUARDO REYES PROSPER

TRABAJO PUBLICADO EN LA REVISTA ILUSTRADA POR ESOS MUNDOS
CORRESPONDIENTE AL MES DE FEBRERO DE 1915



esta

MADRID
IMPRENTA Y FOTOGRAFADO DE "NUEVO MUNDO"
Calle de Larra, núm. 8



CB=1346644

F-1867



El silfio maravilloso

ESTA planta, á la cual se concedía valor inusitado en la antigüedad, desde el siglo VI de nuestra era, parece haber desaparecido, siendo difícil precisar hoy si efectivamente es una especie botánica extinguida, si puede referirse á alguna de las umbelíferas que se conocen en la actualidad, ó bien si es alguna especie tan poco abundante ya en la Cirenáica, país originario del portentoso Silfio, que sólo con excursiones detenidas de los modernos fitógrafos podría conseguirse su feliz hallazgo.

En el templo de Delfos se custodió como don sagrado un tallo de Silfio. Una libra de esta planta se vendía ó trocaba por otra de plata pura, y en el tesoro público de Roma se guardaba el silfio como joya inestimable, de la que sólo se desprendía el pueblo romano en circunstancias solemnes. Bajo el consulado de Valerio y Herenio se vendieron públicamente 30 libras, y en tiempos de Julio César, para los gastos de la guerra civil, se destinó el importe de 111 libras de silfio.

He manifestado que el silfio procedía de la Cirenáica, país del Norte africano, que se asentaba en la parte oriental de la actual Tripolitania.

Una colonia de griegos dorios emigraron á la costa lívica más próxima, y fundaron la villa de Cyrene. 631 años antes de J. C. A Battus, jefe de los emigrados, se le nombró rey, constituyendo el origen de la dinastía de los Batiadas, 18 reyes que gobernaron la comarca de Cyrene durante doscientos años. El silfio cirenáico se llamó por esto también *silfio de Battus*.

Los griegos cirenáicos tomaban parte en los grandes juegos olímpicos de Grecia, ganando numerosos premios, é hicieron florecer las artes y las ciencias tanto, que Platón fué á Cyrene á estudiar, bajo la dirección de Theodoro, el mayor geómetra de su tiempo, y Aristipo fundó en dicha colonia griega una escuela filosófica que contaba numerosos discípulos.

Los Ptolomeos invadieron y sometieron la Cirenáica, pasando luego ésta á poder

de los romanos, que le concedieron la libertad á condición *de que pagasen como tributo una crecida cantidad de silfio*.

La contribución era tan onerosa, que tal vez por esto los naturales de la Cirenáica arrancasen todas cuantas plantas encontraban, contribuyendo á extinguirla. También se sabe por Strabon que los pueblos bárbaros colindantes con los cirenáicos les robaban grandes cantidades de silfio y asolaban los países montañosos donde moraba dicho vegetal espontáneamente: pues no se cultivaba, porque sin duda ya observaron los cirenáicos que las esencias, gomas, resinas y aromas que contienen los vegetales espontáneos, se debilitan, desvirtúan ó pierden los más típicos caracteres cuando dichas plantas se cultivan.

Los ganados engordaban y adquirían carne sabrosa cuando pastaban en campos donde el silfio era abundante, y Plinio atribuye al desatentado pastoreo de los colonos romanos la desaparición del silfio, del cual comían con verdadera avidez toda suerte de rebaños.

El silfio, poco á poco, por unas ú otras causas, de las que indicaron los antiguos médicos y escritores de Grecia y Roma, ó por el concurso de todas las causas á la vez, llegó á hacerse raro, y Plinio asegura que un pie de silfio fué presentado á Nerón como objeto curioso.

Dioscórides y Galeno nos dicen que existía aún en el siglo II de nuestra era, y en las epístolas de Sinesius se afirma que, aunque en cantidad escasa, había aún silfio cirenáico en el siglo V.

En tiempo de Nerón, para subsanar la falta del silfio africano, se usaba otro procedente de distintas regiones del Asia.

Para que mis lectores puedan apreciar el valor terapéutico del verdadero silfio, cuya imagen se ve esculpida en las monedas cirenáicas, expondré algunas de las virtudes curativas que se le atribuyeron, y por las cuales el silfio se estimaba como vegetal milagroso.

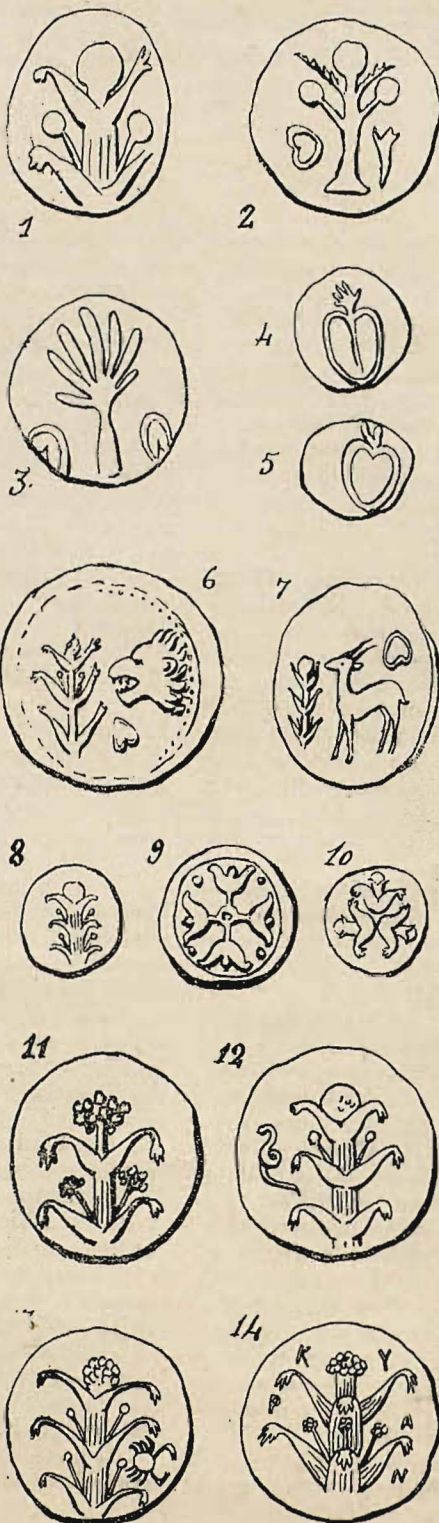
El poder mágico de dar vista á los ciegos, el de ser contraveneno de todas las

ponzoñas ingeridas en el organismo, la virtud maravillosa de rejuvenecer, etc., etc., hacían del silfio un verdadero talismán.

Dice el gran Dioscórides, que mezclado el silfio con miel, aclara la vista y resuelve las cataratas. Mezclado con incienso, quitaba el dolor de las muelas careadas.

El que era mordido por un animal hidrófobo, hacía penetrar en las heridas el jugo del silfio, y sanaba indefectiblemente; lo mismo sucedía con las mordeduras de víboras y arañas, las picaduras de alacranes y las heridas ocasionadas por flechas que envenenaban previamente algunas naciones guerreras antes de combatir, pues ya entonces había pueblos que trataban de aniquilar á sus enemigos por procedimientos cómodos, rápidos y enérgicos, si bien en la escasa civilización de aquellos tiempos bárbaros, no se podía vislumbrar el progreso científico y alto espíritu cristiano de los tiempos actuales, que permiten á un precioso aeroplano ó zepelín ir á cien leguas de los ejércitos combatientes y arrojar bombas que maten á todos los inocentes niños que concurren á una escuela, á los infelices enfermos que se refugian en un hospital, etc., etc.

Volviendo á ocuparnos de las propiedades curativas que se atribuyeron al silfio circenáico, diremos que, combinado con cardo-



nillo, se empleaba para curar los pólipos de la nariz. Adicionando al jugo del silfio ruda, miel y nitro, se utilizaba para combatir el carbunco. Desleído el maravilloso jugo de la planta milagrosa súbitamente, descongestionaba la laringe, hacía aclararse la voz más rónca ó extirpaba las anginas.

Mezclado el jugo del silfio con pasta de higos ó pan de higos, determinaba la desaparición de la ictericia y la hidropesía. Finalmente, como entre los griegos y los romanos ya había algunas respetables matronas y doncellas víctimas del histerismo y demás trastornos del sistema nervioso, para estos casos se recomendaba el uso del silfio, así como se llegaba á utilizarlo en los ataques de parálisis.

El jugo obtenido por incisiones de la raíz (*magidarís*) del silfio se llamaba *laser*, y era el más apreciado; el que procedía de las hojas (*maspetum*) era de menor estimación, y de menor aún el que se obtenía del tallo, licor que denominaban *caulias*.

El *laser* era una sustancia oleoresinosa transparente, de color rojo y olor pronunciado á mirra. Ya en aquellas edades remotas, los mercaderes que negociaban en drogas medicinales eran como las que hoy nos venden productos alimenticios y medicamentosos, amigos de falsificaciones; ellos idearon, é idean de continuo,

medios de empeorar la salud pública, mejorando su peculio particular, y el *laser* lo mezclaron con harina de habas y otras harinas de inferior calidad.

Para que la adulteración fuese tolerada, los autores de aquella mixtificación la atribuían nada menos que al dios Aristeo.

Desde el siglo VI puede afirmarse que se extinguió el silfio cirenáico, y los botánicos de tiempos posteriores han tratado de investigar qué especie de umbelífera conocida para esta identificación, que las hojas superiores de las umbelíferas son distintas de

Los datos más importantes para lograr la clasificación botánica del silfio, son las imágenes suyas, esculpidas en las monedas pirenáicas. Debe tenerse muy en cuenta para esta identificación, que las hojas superiores de las umbelíferas son distintas de

tores modernistas podrían aprender allí fidelidad en la copia de la Naturaleza.

Las monedas cirenáicas llevan á veces también representado el silfio con otras plantas y hasta animales propios de aquella región, como si los artistas hubiesen querido representar el conjunto de las producciones más raras ó típicas de la flora y fauna de aquel país.

Han llegado á nosotros monedas cirenáicas que se acuñaron de 631 á 450 años antes de J. C., es decir, monedas que cuentan hasta más de 2.500 años de existencia (primera época de la historia de la Cirenáica). En estas monedas de plata se ven esculpidas imágenes del silfio, ya sólo con la sumidad florida (fig. 1), ya la planta entera con el fruto á un lado y la raíz al otro (fig. 2), ya una hoja entre dos fru-



las hojas radicáles ó inferiores, siendo las primeras las representadas en los archivos numismáticos ya con las inflorescencias, caso el más común (figuras 1, 2, 6, 8, 11, 13, 14, 16 y 17), ya aisladas (fig. 3).

También ha de recordarse, al interpretar las imágenes numismáticas, que en las monedas, como en la heráldica, muchas veces en los vegetales y animales representados en los anversos y reversos, se desfigura el natural y se constituye, ya para facilitar la representación, ya para dar un carácter simbólico al objeto copiado, un *tipo heráldico* ó *tipo numismático*, al cual, con mayor ó menor perfección en los detalles, se someten cuantos artistas perpetúan las imágenes de plantas ó animales en escudos ó monedas.

A pesar de esto, en las monedas que nos legó la antigüedad griega y romana, singularmente en la primera, las plantas y animales se interpretan con una exactitud científica y precisión y gracia artística tales, á pesar de la pequeñez de las imágenes de los objetos esculpidos, que muchos pin-

tos (fig. 3), ó los frutos con la semilla en estado de germinación (figuras 4 y 5).

También de esta fecha remotísima son las monedas que representan el tallo de un silfio, su fruto y la cabeza de un león (*Felis leo L.*) (fig. 6), las que figuran una gacela (*Gazella dorcas* ó *Antilope dorcas L.*), y el silfio con su fruto (fig. 7).

De 450 á 322 años antes de J. C. comprende la segunda época de la Historia de la Cirenáica, que en esta fecha constituía varias repúblicas, y en la tercera época (322 á 66 años antes de J. C.) la Cirenáica fué sometida al poder de los egipcios y luego al de los romanos, que, como indiqué en otro lugar, le concedieron la libertad á cambio de un tributo pagado con gran cantidad de silfio. En este periodo, la Cirenáica se llamó Pentápolis, por las cinco hermosas ciudades que se alzaban en su territorio.

Quedan de estas dos épocas reliquias numismáticas dignas de atento estudio y observación minuciosa.

Hay monedas de plata de la segunda y



tercera época, que contienen el silfio y el aspid de Egipto (*Naja haje* L.), que también vive y vivía en la Cirenáica (fig. 12). Silfios más detallados y esculpidos con más perfección que los de la época primera (figs. 11 y 14), silfios con un cangrejo braquiuro (fig. 13), silfios con una palmera, (*Phœnix dactylifera* L.) (fig. 16), ó con la

palmera y el cangrejo (fig. 15), y, por último, unas extrañas y admirables monedas, ya de oro (fig. 10), ya de plata (fig. 9), que contienen la representación de tres ó cuatro sumidades floridas de silfio.

Las tres sumidades floridas del silfio cirenáico acompañadas de una lechuza (*Strix flammea* L.), un gerbo (*Dipus aegyptius*

Hampr, ó *Jaculus Jaculus L.*, y un camaleón (*Chamaeleon africanus L.*), caracterizado con curiosa exactitud, difícilísima de ejecutar por lo exiguo del tamaño, pueden admirarse en las monedas más hermosas de la Cirenáica (fig. 17), que son de plata y proceden de la antigua población de Barcé.

Observando en conjunto la serie de monedas de que hemos hecho mención desde aquéllas en que el silfio se representa groseramente ó dándole un carácter de abstracción simbólica, hasta las que con más detalles y perfección lo llevan esculpido, podremos deducir que el vegetal representado es una umbelífera que lleva en la inflorescencia umbelillas secundarias (figuras 11 y 14). Las hojas superiores, provistas de una vaina bien ostensible y abrazadora, en su axila llevan inflorescencias también, y son opuestas, ó casi opuestas, en tanto que su limbo es pequeño. El tallo de la planta está provisto de estrias, y el fruto tiene la forma aplanada y algo cordiforme.

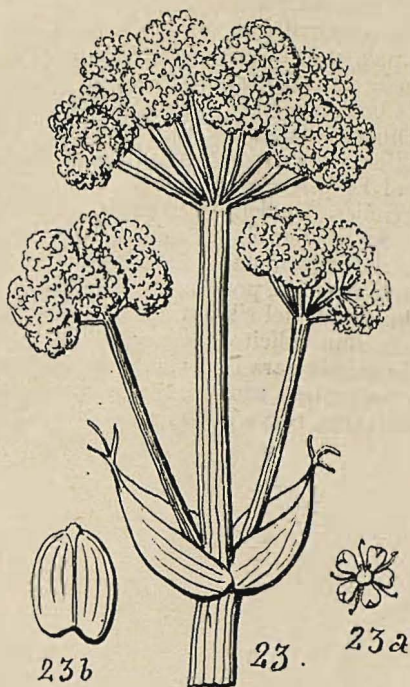
El silfio cirenáico no puede ser el *Laserpitium latifolium L.* (figuras 18, 18 a y 18 b), como creyó Stapelio en sus comentarios sobre Theophrasto, porque las hojas superiores están muy distanciadas y esta especie no

es africana. Las mismas circunstancias y la pequeñez relativa de la vaina foliar separan el silfio del *Laserpitium Siler L.*, con quien el inmortal botánico sueco quiso identificarle.

Más acertado estuvo Sprengel cuando afirmó que el silfio era la *Férula Tingitana L.* (figuras 21, 21 a y 21 b), pero también pudiera ser alguna otra especie ó variedad afine á la *Férula communis L.* (figuras 23, 23 a y 23 b).

Podría afirmarse que el *Laserpitium Archangélica Jacq.* (figuras 24, 24 a y 24 b) tiene semejanza con el silfio, pero el involucreo bien manifiesto de esta especie sería raro que no hubiese obtenido representación en alguna moneda; el limbo de las hojas está más desarrollado que en la maravillosa umbelífera cirenáica. La Margotia gumífera Lge. (*Laserpitium gumiferum Desf.*), (figuras 19, 19 a y 19 b), como pensaba el sabio autor de la Flora Atlántica, pudiera ser la extinguida umbelífera, pero la *Archangélica officinalis L.* (figuras 20 20 a y 20 b) ofrece una facies que hace sospechar si alguna especie ó variedad afine á ésta sería el silfio cirenáico.

Finalmente, la Imperatoria hispánica Boiss. (figs. 22, 22 a y 22 b) es, en mi concepto, la que más se asemeja al silfio entre



las umbelíferas conocidas hoy, y el ser del mediodía de España induce á creer que una variedad ó especie africana próxima á la hermosa especie de nuestro país, podría ser la maravillosa planta objeto de estas líneas.

Sería conveniente que los botánicos realizasen excursiones provechosas estudiando atentamente las umbelíferas del territorio tripolitano próximo al Egipto, donde se asentó la antigua cirenáica. Haciendo investigaciones sobre muchos ejemplares de plantas frescas, podría experimentarse con los jugos de algunas especies, por si alguna ofreciera las propiedades del silfio; y tal vez buscando con afán solícito, del todo no haya dejado de existir para la Flora africana boreal tan portentosa umbelífera, que sería, de encontrarse, una ad-

quisición muy útil para la terapéutica actual.

La base de la alimentación de la especie humana en el Oriente y Occidente, son el arroz y el trigo. Entre los medicamentos, muchos de los que más energías atesoran, proceden del reino vegetal, que suministra al hombre gran parte de las sustancias textiles que le visten, y las maderas, que constituyen un factor esencial de nuestras viviendas y mobiliarios. Las bebidas alcohólicas, que son muchas veces artículos de demasiado consumo, también tienen su origen en el mundo de las plantas, de estas divinas plantas que llevan en sí la clave de los problemas económicos más árdios para la vida de las naciones y son el más útil y estético ornato de la Creación.

